

# ECO DEL SEGURO

AÑO. IX.

CIEZA 24 AGOSTO DE 1913.

NÚM 432.

## DEL DÍA

Ya estamos en feria. Hoy a las ocho de la mañana, se inaugurará oficialmente, y el Teatro Galindo abrió sus puertas y se inaugurará la Plaza de Toros, la que una vez que se termine, sin disputa, será de las más bonitas de España.

Ya se han establecido y están haciendo días funcionando los célebres polichinelas, que hacen las delicias de la gente menuda, que celebra con estrepitosas palmas y carcajadas sonoras las valentías y arrestos de *Cristobal*, quien emplea como exclusiva razón para arreglarlo todo la *cachiporra* o el coscorrón.

Ya están levantadas casi todas las casetas, que ocuparán los feriantes que vengán soñando hacer su *Agosto* y que, seguramente, harán regular negocio, por el mal año que padecemos.

Sigue sin llover, y en esta región, más que en otras, el agua del Cielo es la principal y más positiva fuente de bienestar y de riqueza.

Pues bien; aunque el año es malo y aunque el programa de nuestros festejos es pobre, haciendo honor a la penuria que padecemos los forasteros que vengán y que no conozcan la vida íntima de los ciezanos, se asombrarán del lujo y de la fastuosidad que se derrocha por aquí, en los días del Santo Patrono.

El Paseo de Marín-Barnuevo, en esos días, se ve cuajado a todas horas de mujeres hermosísimas, espléndidamente engalanadas con galas vistosas que prestan doble y mágico realce a sus bellezas soberanas.

Los ojos se recrean ante tan sublimes encantos; y con orgullo podemos afirmar, sin temor a ser desmentidos, que nuestras mujeres, nada envidian a las griegas ni a

las circasianas. Pues nuestro suelo fértil y maravilloso, fué dotado por Dios de mujeres que subyugan y que encantan, ya que la tierra, por falta de materiales y necesarios elementos no produce tesoros envidiables.

¡Algo habíamos de tener bueno!

La feria se marchará con pasos agigantados. No brindamos al forastero distracciones estupendas. Nuestro festival es pobre. No podemos permitirnos lujos.

El Municipio se desenvuelve trabajosamente, pero con relativa holgura, gracias a la gestión honrada y activa de nuestro alcalde; quien administra las rentas del pueblo con más escrupulosidad que las propias.

Y si Don Antonio, siguiendo los dictados de su conciencia, no preparó festejos que empeñaran la Caja Municipal, merece el aplauso unánime y sincero de sus administrados.

Hacer otra cosa merecería las generales censuras.

Ciertamente que los que son poco escrupulosos en su modo de pensar, hubieran querido buenos festejos y que se hubiera cumplido, en las presentes fiestas, el mandado de aquella copla vulgar que dice:

«Comamos y bebamos  
y pongámonos gordos,  
y al que venga a pedir  
nos hacemos los sordos.»

Pero no; eso no debe ser. Pobres pero honrados. Si gastamos en lo supérfluo, no tendremos para atender las necesarias obligaciones. Si derrochamos la pólvora en salvas, no tendremos municiones para defendernos cuando nos ataque de frente el enemigo.

Este es mi humilde pensar; este es mi modesto sentir.

Habrà, sin duda alguna, quien se haga trajes y se abone al teatro y no pierda función de Cinematógrafo, y.... luego.... luego, vienen las *madres mias*, con los apremios del sastre y con la presentación del recibo del abono.

Y, así pasa lo que pasa: Que todos debemos, porque no hay escrupulo en pagar a su tiempo a aquel que nos debe; y como la sociedad es una cadena, roto un eslabón, ninguno de los restantes ocupa su puesto en la hora que le está marcada.

Estas, ferias no tienen explicación en los pueblos, sobre todo en los que no hay pesetas, y mucho menos en los años como el presente.

Mientras que nosotros nos vamos a divertir, cientos de hermanos nuestros están regando con su sangre las candentes arenas del africano suelo.

Ya oigo a muchos: «A mí que me importa.» Está bien; pero esa contestación no envuelve otra réplica que esta: Quien así se expresa revela pobreza de inteligencia y dureza de corazón.

Pero ¿A que viene todo esto? Me pregunto. A nada. Digamos y repitamos lo tantas veces oído: «¿Que es éso? ¡Nada! ¡Un muerto! ¡Puede el baile continuar!!»

¡No va más!

R. M.<sup>a</sup> CAPDEVILA.

## Flores hermanas

(CUENTO)

Sus miradas tiernas de hija buena, no se apartaban de su madre, mientras que transida ésta de un dolor mudo y sublime besaba las blancas manitas del querube; y devolvía las miradas de ternura a los tristes ojos de su hija.

Repetidas veces la pulsaba y su alarma era cada vez mayor.

El castillo de rosadas ilusiones que las madres soñadoras columbran en el porvenir de sus hijos, había tomado vida también, en el amor virginal de Luisa.

Pero el estado de aquel angel de 6 años, derrocaba el castillo de ilusiones, que la buena mujer imaginara un día en sus santos deliquios maternales.

El sol, al besar con sus rayos de oro la buharda que servía de nido a estas dos almas sencillas, ratizaba ca-

da día con la profusión de su luz el cuadro de ensueño, que en la mente de Luisa idealizaba el amor hacia su pequeña. Todo era bello y agradable allí vivían la ventura, el placer, los gozos. Pero después, cuando la noche desplegaba sus negros craspones; y la buhardilla se entregaba al lúgubre misterio de las tinieblas, Luisa palidecía; su palidez presagiaba un dolor oculto, y su cuadro de ilusiones tomaba tintes negros; ponía en él sus sombras la tristeza, marcaba sus tonos la desesperación, y dejaba sus colores más vivos el pesar más intenso.

\*\*\*

Era en la miserable buhardilla tan bajo el techo, que, por un lado casi se juntaba con el suelo, mientras que por el lado contrario, se alzaba sobre un lienzo descascarillado de papel, en el cual una ventana muy amplia, lo menos malo de aquel tugurio encuadraba un bello trozo de cielo azul; y al resplandor suave, que por el vano se deslizaba hacia adentro, las inestables sillas, el duro colchón de paja tendido sobre el suelo, y algún otro irónico remado de mueble, decían con claras y lastimosas voces a qué grado de miseria estaban condenados los seres que allí tenían morada y cárcel en una pieza. Sobre lo que pudiera llamarse cabecera del mencionado lecho, un óleo mediano de tamaño y de mérito artístico, con marco dorado muy vetusto representaba una Virgen del Carmen, de la que la niña era muy devota.

Al levantarse, de rodillas sobre el colchón, santiguábase muy despacio y decía una plegaria que aprendiera de su madre, sin apartar de la imagen el candor de sus ojos inocentes; y por la noche, antes de rendirse al sueño, repetía la fervorosa y sencilla salutación.

Luisa ganaba el sustento haciendo recados en varias casas. Mercedes acompañaba siempre a su mamá, y una mañana, mientras que la madre hacia la compra en un lujoso establecimiento, ella quedó distraída a la puerta; sus ojos vieron junto a sus diminutos pies una monedita ¡eran cinco céntimos! Los cojió con inmensa alegría, y contentísima ya pensaba en que darles colocación, cuando vió a un pobre viejo, cuyas piernas débiles por el enorme peso de la edad, se mostraban rendidas, y que apoyándose en una caña, se acercaba de uno a otro transeunte, sin obtener la piedad de una limosna.

La inocente alma de Mercedes, su

